

CREO EN LA IGLESIA

JUAN MARTÍN
VELASCO



Diseño: José Ignacio Molano / Estudio SM

© 2016, Juan Martín Velasco
© 2016, PPC, Editorial y Distribuidora, SA
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.es

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

PRÓLOGO

A lo largo de mi ya prolongada trayectoria de ejercicio del ministerio en muy variados sectores de la vida eclesial nunca he dejado de recibir preguntas, quejas, muestras de insatisfacción, peticiones de ayuda en relación con la Iglesia, su importancia en el «sistema cristiano» y su presencia en el mundo. Me ha sucedido en las diferentes etapas de la evolución de la Iglesia en el siglo pasado, desde la época anterior a la celebración del Vaticano II, durante los años de extraordinaria efervescencia que siguieron a su clausura y en el prolongado período de vacilaciones en relación con la correcta interpretación de sus textos, las discusiones sobre la fidelidad a sus decisiones y los cambios en la estructura de la Iglesia que exigía su recepción.

En todas esas ocasiones me ha extrañado sobremanera que la Iglesia, soñada por el Señor para continuar en la historia la presencia y el mensaje de Jesús, y mostrar su actualidad perenne para los hombres de todos los tiempos, se convirtiera tantas veces y para tantas personas en piedra de escándalo, de tropiezo muchas veces insuperable, que dificultaba la aceptación del mensaje evangélico y la adhesión creyente a Jesucristo.

Las reflexiones contenidas en estas páginas, procedentes de intervenciones en diferentes medios y lugares en torno a esta cuestión, son el resultado de mis esfuerzos por mantener, a la vez, firme y viva la confesión de mi adhesión a la Iglesia, como parte integrante de mi fe y mi vida cristiana, y ofrecer pistas para dotarle de significatividad en la sociedad actual. Por eso, a la confesión de mi fe en la Iglesia, puesta a prueba en alguna ocasión, pero gracias a Dios nunca desmentida, añado después reflexiones que aclaran la naturaleza de la pertenencia a la Iglesia y algunas de las formas que puede revestir en las actuales circunstancias. Mi intención en ellas es mostrar a la vez la adhesión cordial a ella que esa pertenencia

requiere y el margen de libertad, atención a los propios criterios cuidadosamente formados, y la necesidad de discernimiento, que en determinados casos esa adhesión puede exigir, precisamente para preservar la fidelidad al Evangelio, norma suprema para la Iglesia, sus instituciones y su funcionamiento.

La presencia de la Iglesia en la sociedad, sometida a cambios tan importantes a lo largo de la historia, constituye sin duda uno de los puntos cruciales de las dificultades para la realización de su identidad y de su condición de rostro en el que resplandezca la luz que es Cristo. Esa presencia se torna más problemática en épocas de cambios tan profundos, rápidos y universales como los que caracterizan a nuestro tiempo. Dos capítulos de este texto aportan ideas para dotar al cristianismo actual de la significatividad que no pocos contemporáneos nuestros echan de menos en la Iglesia de nuestros días.

El Concilio Vaticano II ha sido considerado uno de los hechos religiosos más importantes en la segunda mitad del siglo xx. De lo que ciertamente no cabe duda es de que constituye el acontecimiento decisivo en la vida de la Iglesia para el siglo pasado, y que probablemente deba serlo también para el próximo futuro. A una consideración de las condiciones que requiere, a mi entender, la fidelidad al mismo añado unas páginas sobre su accidentada recepción en España, que explica algunos aspectos del momento actual de la Iglesia española y ofrece alguna luz para pensar su futuro inmediato.

Todos los textos recogidos en esta recopilación habían sido escritos antes de la elección del papa Francisco y reflejan el clima eclesial y el estado de ánimo de muchos cristianos en ese prolongado momento posconciliar que fue calificado de «invierno de la Iglesia». El último capítulo del texto intenta recoger el cambio de clima eclesial que se produjo con la elección y los primeros gestos, discursos e intervenciones del nuevo papa, elegido en marzo de 2013, y destaca los brotes de esperanza que han producido. ¿Conseguiremos entre todos que esos brotes produzcan en la Iglesia frutos abundantes de fidelidad al Señor y al Evangelio y de servicio a nuestro mundo?

CREO EN LA IGLESIA¹

Por razones muy diferentes y desde las más variadas actitudes y opciones ante la vida, los cristianos encontramos actualmente especiales dificultades para integrar en nuestra confesión de fe el «creo en la Iglesia». Como Franz Schubert en los credos de sus misas, son muchos los cristianos que hoy día van amputando insensiblemente esta frase de su confesión de fe. Para muchos no cristianos, este elemento del credo cristiano constituye una de las razones que más frecuentemente dan y se dan a sí mismos de su imposibilidad de adherirse al cristianismo. Tal vez siempre haya sido así. En versión popular siempre ha habido personas dispuestas a creer en Dios, pero no a «creer en los curas».

Dificultades para creer en la Iglesia

Comprendo perfectamente estas dificultades de cristianos y no cristianos. La Iglesia ha arrastrado durante siglos y sigue presentando en la actualidad muchos aspectos que la hacen indigna de esa adhesión incondicional que constituye el acto de fe. ¿Creer en la Iglesia, que durante siglos ha desempeñado el papel de institución

¹ Este texto procede de la respuesta a una petición de *El Ciervo* a comentar el artículo del Credo relativo a la Iglesia, que yo elegí hacer de forma «testimonial». Posteriormente fue publicado por *Communio*. Para un tratamiento más cercano al de la teología me permito remitir a «Dimensión eclesial de la identidad cristiana», en *Sal Terrae* 2 (1984), pp. 91-101. Para un desarrollo más completo del tema, cf. R. BLÁZQUEZ, «Dimensión eclesial de la identidad cristiana», en *Jesús sí, la Iglesia también*. Salamanca, Sígueme, 1983, pp. 291-317.

represiva de libertades? ¿Crear en la Iglesia, que a lo largo de toda la época moderna se ha opuesto casi sistemáticamente de manera oscurantista a los avances de la ciencia? ¿Crear en la Iglesia, que, al menos en los últimos siglos, se ha alineado casi siempre en contra de las fuerzas progresivas de la historia?

La Iglesia, con sus costumbres convertidas en leyes, con sus rutinas transformadas en tradiciones, con esa torpeza histórica que parece inmovilizarla y hacerle mirar con recelo todo lo que cambia; la Iglesia, llena de sedimentos y de lastres de todos los siglos, pesa enormemente sobre la conciencia de muchos de sus miembros y aparece, para los que la miran desde fuera, como una realidad no precisamente eterna, sino anacrónica.

La Iglesia, además, duele y escandaliza por su escasa sensibilidad hacia los valores nuevos, por su vejez y, en algunos momentos, su tristeza; pero sobre todo por sus flagrantes infidelidades al Evangelio, su gusto por el poder, su apego a las riquezas, su escasa sensibilidad hacia lo verdaderamente religioso. Creer en la «santa Iglesia católica» desde esta situación puede parecer una ironía.

Y, sin embargo, tengo que confesar que no sabría decir seriamente «creo» sin creer en la Iglesia. Las mismas dificultades que experimento para decirlo me introducen en el sentido más hondo de lo que quiero decir. Ellas me permiten percibir con claridad, en primer lugar, la diferencia que separa, a pesar de la semejanza gramatical, el «creer en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo» de la primera parte del Símbolo y el «creer en la Iglesia». Propiamente hablando, no puedo creer, no puedo tener fe más que en Dios, porque solo en él puedo tenerla plenamente. Creer a alguien es una forma débil de confianza. Creer una cosa, tenerla por cierta o verdadera, es creen-
cia más que fe, y solo puede llamarse «creer» análogamente.

¿Cómo se entiende, y sobre todo cómo se vive, la fe del «creo en la Iglesia»? Las dificultades bien reales de las que hemos partido muestran con toda claridad que la Iglesia no puede ser objeto de una confianza incondicional. Puesta en otra realidad que Dios, una confianza así está necesariamente condenada a la decepción. Pero,

al decirlo, no me reduzco a tener por verdadera la proposición de que la Iglesia sea santa y católica. La Iglesia no es tan solo un artículo, una verdad de fe. «Creo en la Iglesia» significa que mi adhesión incondicional a Dios tiene lugar en el seno de la Iglesia; que la eclesialidad es una dimensión de ese acto de suprema confianza; es decir, que creo eclesialmente en el Dios de Jesucristo. La fe en la Iglesia expresa, pues, la necesidad de vivir en plural, en comunión con otros, el acto humanamente supremo de la fe. La fe que no puede ser más que teologal en su principio como en su término es, de forma igualmente esencial, eclesial en el modo de su ejercicio. «Llevando y sosteniendo mi fe personal está la fe de la Iglesia [...] Es la Iglesia como comunidad la que cree primero en el Señor; y con ella y en ella soy arrastrado a decir personalmente: “Yo creo”». Por eso los antiguos afirmaban: *«Ipsacredit Mater Ecclesia: es la misma Madre Iglesia la que cree»* (H. de Lubac).

Crear en Dios eclesialmente

El acto de fe –soy bien consciente de ello– no es un acto que proceda de mi iniciativa. Yo puedo no creer, pero, cuando creo, tengo conciencia de responder a una llamada que precede mi a respuesta y la suscita. Creer cristianamente significa reconocer esta iniciativa históricamente presente en la vida, la muerte y la resurrección de Jesús. En su pasión y muerte, Dios hace suyo misericordiosamente el dolor humano y la muerte del hombre. En su resurrección, Dios abre la historia humana a la esperanza, le da sentido y la dota de un valor definitivo. El Dios cristiano, que se ha hecho presente en la historia, que en Jesús ha adquirido una presencia y un cuerpo histórico, solo es accesible históricamente. Sin la corriente viva de los testigos de Jesucristo y de su resurrección no llegaría hasta mí el anuncio del designio salvífico escondido desde la eternidad en Dios, la buena nueva de su revelación en la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo.

No puedo creer en Dios más que eclesialmente, porque eclesialmente se me ha hecho presente ese Dios encarnado, historicado en Jesús. La dimensión eclesial de mi existencia y de mi fe cristiana no es tan solo el resultado de la expresión de esa fe en la condición comunitaria propia del hombre. La Iglesia no es tan solo la congregación que resulta del hecho de que los creyentes seamos una colectividad numerosa. Antes de ser congregación congregada, la Iglesia es congregante de sus miembros, porque la llamada a la fe no es la inspiración individual, aislada, sino la llamada proclamadora, convocante, que congrega en torno a ese anuncio a todos los que le prestamos la respuesta de nuestra adhesión. Así pues, la dimensión eclesial de mi fe se deriva del carácter descendente, gratuito, del cristianismo. Pero el realismo histórico que caracteriza al cristianismo hace que esta dimensión eclesial comporte una historia concreta, lugar efectivo para el hombre histórico de la llamada de la fe en Jesucristo a lo largo de la historia humana. Por eso, aun conociendo las infidelidades de la Iglesia en sus diferentes épocas, no puedo prescindir de ninguna de ellas y establecer una relación inmediata con los orígenes. Por eso, sin perder capacidad de crítica para los fallos históricos de la Iglesia, miro con veneración y respeto a todos los cristianos de la historia que han permitido que resonase hasta ahora para mí la Palabra que Dios me ha querido dirigir a través de Jesucristo.

La dimensión eclesial de la fe tiene otros aspectos. La encarnación se consuma en la resurrección. En ella se revela un hombre nuevo, primicia de la nueva humanidad, de un nuevo pueblo de Dios, de una nueva creación. Por eso la experiencia pascual no es tan solo la constatación de un hecho real, sino que comporta la donación del Espíritu, que introduce al creyente en la nueva humanidad renacida de la resurrección. Yo no puedo confesar que Jesús es el Señor, que ha sido resucitado por Dios, si no es en comunión con su Espíritu, creador de la nueva humanidad, y agregado, por tanto, a ella.

Así pues, la fe es esencialmente eclesial, porque crea en los que la vivimos una solidaridad de origen, de destino e incluso de vida.

Todos interpretamos nuestra vida a partir de un designio amoroso, es decir, nos atrevemos a llamar a Dios creador y Padre nuestro; la orientamos con esperanza hacia el futuro de una vida plena, eterna y feliz, porque reconocemos a Jesucristo como nuestro salvador; la vivimos en la solidaridad unánime de quienes se saben en comunión con el mismo Espíritu.

Las falsificaciones de la eclesialidad de la fe

Pero todo lo anterior parece, en el mejor de los casos, piadoso deseo cuando no camuflaje «místico» de una realidad bien distinta. ¿Qué queda de la unidad en el Espíritu en una Iglesia atravesada por las divisiones de ideologías, culturas y clases? ¿Qué queda de la santidad en una Iglesia mundanizada, dominada por criterios alejados del Evangelio? ¿Por qué en lugar de la solidaridad, la esperanza, el gozo, que parecen los rasgos de la nueva humanidad, la congregación de los creyentes aparece tantas veces como una sociedad cansada, triste, atemorizada?

De nuevo tropezamos con las dificultades que hacen prácticamente imposible el reconocimiento en la comunidad de los creyentes de los rasgos de la Iglesia. Desde esta constatación se explica la tendencia de no pocos cristianos al exilio voluntario, a la marginación de la Iglesia visible, a la indiferencia hacia ella e incluso a la lucha contra ella. Sin llegar a estos extremos, son muchos los creyentes que, incapaces de una identificación total e ingenua con una Iglesia a la que cada vez creen más distante del proyecto de Jesús, toman sus distancias frente a ella, denuncian incansablemente sus errores, se erigen en jueces implacables de sus faltas, aun cuando conserven, no se sabe muy bien si por condescendencia o por necesidad, una relación con ella de «pertenencia crítica o parcial.

Debo confesar que la realización efectiva de la eclesialidad de mi fe se ve sometida en la actualidad a todas esas tentaciones. Pero debo añadir que las considero verdaderas y peligrosas tentaciones,

y que me veo en la necesidad de superarlas para realizar rectamente, ortodoxamente, mi fe.

Por otra parte, creo que existen otros peligros para la realización de la eclesialidad que no siempre han sido vistos y denunciados como tales, y que tal vez expliquen, en parte, la gravedad y la extensión de los que acabamos de denunciar.

A veces, por ejemplo, se ha confundido el sentido de pertenencia a la Iglesia con el espíritu de cuerpo. Sus rasgos peculiares son bien conocidos. Se orienta, sobre todo, a la defensa de los intereses del grupo, a salvaguardar sus privilegios, a asegurar su influencia. Produce respuestas, más que unánimes, uniformes a las «provocaciones» del exterior; tiende a encerrar a sus miembros fortaleciendo los lazos que mantienen entre sí y suele acompañarse de un aire de superioridad que lleva a desdeñar a los ajenos al propio grupo.

Otra degeneración frecuente del sentido de pertenencia ha llevado a una realización monolítica de la misma. La unanimidad en la fe debía traducirse en la utilización de las mismas categorías y hasta de una jerga común; la comunión en el Espíritu debía engendrar forzosamente un estilo, un talante, hasta una sensibilidad uniforme; y la coincidencia en unas mismas opciones fundamentales ante la vida debía dar lugar a la unificación de puntos de vista en todos los órdenes de la vida, hasta en la búsqueda de soluciones para los problemas profesionales, sociales o políticos.

Por debajo de las deformaciones a que he aludido –deformaciones que aparecen bajo formas progresistas o conservadoras, según los casos– existe probablemente un fondo común. La Iglesia es considerada algo en sí y resultado de la acción y el esfuerzo de quienes la componen, orientada «autorreferencialmente», como le gusta denunciar al papa Francisco. Se olvidan así sus dos rasgos distintivos: es medio de salvación y, por tanto, obra de Dios. No es producto nuestro, sino que, como Jesús y su acción, existe por nuestra causa, para nosotros: *propter nos homines*; y, por tanto, para toda la humanidad.

El gozo de pertenecer a la Iglesia o la comunión de los santos

Todos hemos nacido a la humanidad y al mundo en el seno de una familia. Sin que falte nuestra colaboración, ella nos ha engendrado en buena medida a lo que somos. No la hemos elegido. Conocemos sus limitaciones y sus defectos, pero no me imagino a una persona normal deseándose miembro de otra familia. Con la Iglesia me sucede algo así. Gracias a ella he conocido el cristianismo; a través de ella me ha sido dado el Espíritu. Por eso, aunque conozco sus fallos históricos y sus defectos actuales –a los que, por otra parte, no soy ajeno–, y aunque en alguna ocasión haya podido sufrir, mínimamente, por supuesto, por ellos, nada de esto ha influido en mi sentido de pertenencia, ni en ningún momento he sentido la necesidad de alejarme, ni siquiera metódica ni tácticamente, de ella. En alguna ocasión he leído que a un teólogo importante que había tenido problemas con la jerarquía le hacían esta pregunta: «¿Por qué no abandona usted la Iglesia?». No recuerdo su respuesta, sin duda llena de razones. Recuerdo el malestar que me produjo la pregunta misma. ¿Por qué no abandono la Iglesia? ¿Porque todavía tiene arreglo? ¿Porque desde su interior se puede trabajar por su transformación? ¡No, por Dios! ¡Que ella no me abandone a mí! ¡Que no me deje a mis luces, a mis fuerzas, a mi iniciativa! ¿Qué haría con mis culpas sin la oportunidad para el perdón que vivo en ella? ¿Qué haría con mis temores sin la solidaridad en la esperanza en que me baña? ¿Dónde mejor que en ella puedo hacer realidad la fraternidad universal a la que aspiro?

Desde la experiencia del gozo por la pertenencia a la Iglesia, sus lados negativos no desaparecen ni desaparece la necesidad de luchar contra ellos; pero cambia de signo esa lucha. En esos lados negativos veo antes que nada el reflejo de las limitaciones y las infidelidades, que tan bien conozco por experiencia, de los hombres que componemos la Iglesia. ¡Qué inconsciencia supone avergonzarse de los pecados históricos de la Iglesia sin percibir que esos pecados no son más que las versiones, propias de otros tiempos, de los pecados con que nosotros le estamos cargando en el nuestro!

Por eso entiendo la pertenencia crítica a la Iglesia. Pero no como una toma de distancia frente a ella, y menos como un juicio sobre sus defectos. Mi pertenencia es crítica porque no consigo pertenecer adecuadamente, porque existen muchos fallos que me impiden realizar el gozo, la gracia de pertenecer perfectamente a ella.

Por otra parte, nos hemos referido constantemente a los fallos de la Iglesia. Una mirada imparcial descubre también en su historia logros muy importantes de los que todavía vivimos. Una mirada amorosa descubre galas que solo el lenguaje poético es capaz de cantar, como hizo espléndidamente Gertrud von Le Fort en sus *Himnos a la Iglesia*:

Todavía tengo flores del desierto en mis brazos; todavía traigo en mis cabellos rocío de los valles de la humanidad primera.

Aún tengo oraciones en las que resuenan los campos; aún sé cómo se vive piadosamente la tormenta y cómo se bendice el agua.

En mi seno conservo los secretos del desierto, en mi cabeza llevo el noble tocado de graves pensadores.

Pues yo soy la madre de todos los hijos de la tierra: ¿por qué me repruebas, oh mundo, que pueda ser tan grande como mi padre del cielo?

Mira, en mí se arrodillan pueblos que hace largo tiempo tendían a mí, y desde mi alma alumbran al Eterno muchos paganos.

Yo estaba a gusto en los templos de sus dioses, latía en las sentencias de todos sus labios.

Estaba en las torres de sus astrólogos, estaba en las mujeres solitarias sobre las que descendió el Espíritu.

Yo era la nostalgia de todos los tiempos, la luz de todos los tiempos. Yo soy su gran conjunto, yo soy su eterna unidad.

Yo soy el camino de todos sus caminos: a través de mí apuntan los milenios hacia Dios.

Como la fe, la eclesialidad, que es una de sus notas, es de *un don gratuito*; es, o debiera ser para nosotros, objeto de petición y motivo de alabanza y de acción de gracias.

ÍNDICE

PRÓLOGO	5
1. CREO EN LA IGLESIA	7
Dificultades para creer en la Iglesia	7
Creer en Dios eclesialmente	9
Las falsificaciones de la eclesialidad de la fe	11
El gozo de pertenecer a la Iglesia o la comunión de los santos	13
2. LA PERTENENCIA A LA IGLESIA. CONSIDERACIONES SOBRE SU EJERCICIO	15
Crisis de pertenencia en la Iglesia actual	15
Los muchos aspectos de la pertenencia a la Iglesia	18
El ejercicio de la pertenencia a la Iglesia	20
La eclesialidad. Dimensión constitutiva de la existencia cristiana	20
La pertenencia a la Iglesia, don de Dios: el lado místico de la pertenencia	24
La dimensión institucional de la pertenencia y su relatividad	26
La pertenencia, tarea que realizar personalmente.	
Algunos rasgos distintivos	28
Pertenece a la Iglesia perteneciendo a una Iglesia	30
Pertenece a la Iglesia en la situación actual	32
3. PERTENENCIAS PARCIALES A LA IGLESIA	35
Algunas consideraciones preliminares	35
La pertenencia como hecho psico-social	37
La pertenencia desde el punto de vista religioso	40
Crisis de las instituciones religiosas	42

Formas más importantes de pertenencia parcial a la Iglesia	48
Materiales y consideraciones útiles para la elaboración de posibles «dictámenes teológicos» y de una decisión pastoral sobre las pertenencias parciales a la Iglesia ..	51
4. POR UNA PRESENCIA SIGNIFICATIVA DE LA IGLESIA EN EL MUNDO	
ACTUAL	56
Diferentes modelos en la autocomprensión de la Iglesia	56
La Iglesia como sociedad perfecta	57
La Iglesia como misterio de comunión	59
Hacia una redefinición de la presencia de la Iglesia en la sociedad	62
Solidaridad y servicio como principios reguladores de la presencia de la Iglesia en la sociedad	66
El diálogo: interlocutores, formas y propiedades	68
La colaboración: agentes, formas y campos de aplica- ción	71
La institucionalización de la presencia y del servicio de las comunidades cristianas	72
El problema de la identidad y la confesionalidad de las instituciones cristianas	74
Hacia una espiritualidad del cristiano comprometido en tareas de servicio: una espiritualidad centrada en la actitud teológica	77
5. LA SAL Y LA LUZ: DOS DIMENSIONES DE LA PRESENCIA DE LAS COMUNIDADES CRISTIANAS EN LA SOCIEDAD	80
Dos formas de presencia en el mundo. Dos formas de ejercicio de la misión	81
Una indispensable y sucinta referencia a la historia	83
El Concilio Vaticano II y la «misión de encarnación»	86
Hacia una nueva consideración de la visibilidad de la Iglesia en la sociedad del siglo XXI	89

6. FIDELIDAD AL VATICANO II EN EL SIGLO XXI	95
La actual situación de la Iglesia en relación con el Concilio	95
La crisis posconciliar, clave en la división de las aplicaciones del Concilio	100
El recurso al Vaticano II cincuenta años después	103
Los signos de los tiempos en el Vaticano II	105
Hacia una relectura del Vaticano II desde los signos de los tiempos del momento actual	108
Una doble crisis en estrecha relación	109
La verdadera raíz de la crisis religiosa contemporánea ..	114
Llamada a la conversión de los cristianos y a la reconversión de las estructuras de la Iglesia	120
La pobreza en el mundo	122
El estatuto de la mujer en la Iglesia	124
El cristianismo en un mundo globalizado	125
Algunos consejos para la realización de la identidad cristiana a la escala reducida de las pequeñas comunidades	128
7. LA RECEPCIÓN DEL CONCILIO EN ESPAÑA	130
El Concilio en la Iglesia de España	131
Los obispos españoles y la recepción del Concilio	139
El «golpe de timón» pastoral de Roma y de la Iglesia en España	149
Una mirada al futuro: fidelidad al Vaticano II en el siglo XXI	154
8. EL PAPA FRANCISCO: UNA SORPRESA Y UNA ESPERANZA	160
Una sensación de crisis generalizada	160
La elección del papa Francisco	162
De los gestos del papa a su mensaje	164
Del mensaje a las iniciativas reformadoras	166
A modo de conclusión: abierta a la esperanza	170

COLECCIÓN GS

- Sociedad y Reino de Dios*, JOSEP MARIA ROVIRA BELLOSO
Lo impuro, JEAN GUITTON
La propuesta moral de Juan Pablo II, MARCIANO VIDAL
Análisis de la sociedad y fe cristiana, JOSÉ MARÍA MARDONES
Ética civil y religión, ADELA CORTINA
¿Hacia una guerra de religión?, ROGER GARAUDY
¿Tolerancia o apostasía?, CARLOS DÍAZ
Raíces bíblicas de la fe cristiana, RAFAEL AGUIRRE
El arte y la belleza de Dios, RICHARD HARRIES
Religión y mundo moderno, LLUIS DUCH
Elogio de la conciencia, PAUL VALADIER
El hombre imaginario, ANTONIO BLANCH
«Clérigos» en debate, JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ FAUS / CARLOS DOMÍNGUEZ
MORANO / ANDRÉS TORRES QUEIRUGA
Ser cristiano en una cultura posmoderna, JUAN MARTÍN VELASCO
Religión, JACQUES DERRIDA / GIANNI VATTIMO (eds.)
Religión sin religión, MARIANO CORBÍ
Presencia elusiva, GABRIEL AMENGUAL
El Señor de los ejércitos, XABIER PIKAZA
No olvidemos el Vaticano II, GUSTAVE MARTELET
La experiencia bíblica, ANTONIO BENTUÉ
El seguimiento de Cristo, UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
Podremos vivir juntos, ALAIN TOURAINE
Teología de la liberación en América Latina, JON SOBRINO
Dios en los límites, JOSÉ ALVILARES
La palabra partida, ELMAR SALMANN
La anarquía de los valores, PAUL VALADIER
Feminismo y ética, MARCIANO VIDAL
Religiones públicas en el mundo moderno, JOSÉ CASANOVA

Un cristianismo de futuro, PAUL VALADIER
Moral de interrogaciones, JUAN MASIÁ
En el umbral del mañana, JOSÉ MARÍA MARDONES
El hombre, animal no fijado, CARLOS DÍAZ
El hombre y la religión, JUAN MARTÍN VELASCO
El espíritu de la letra, ANTONIO BLANCH
Modernidad y cristianismo, ANTOINE VERGOTE
Sobre la hospitalidad, FRANCESC TORRALBA (2ª ed.)
Don Quijote y san Francisco: dos locos necesarios, JOSÉ ANTONIO MERINO (4ª ed.)
 «No olvidéis la hospitalidad» (Heb 13,2). *Una exploración teológica*, FRANCESC TORRALBA
La parra y la higuera. Historias y personajes de la Biblia, VARIOS AUTORES
El desafío ecológico. Creación bíblica y bomba atómica, XABIER PIKAZA
Moral social samaritana. I. Fundamentos y nociones de ética económica cristiana, JOSÉ IGNACIO CALLEJA
La interioridad: un paradigma emergente, VARIOS AUTORES
La sanación espiritual. El sentido de la enfermedad, MAXIME GIMENEZ
Moral social samaritana. II. Fundamentos y nociones de moral política cristiana, JOSÉ IGNACIO CALLEJA
Introducción a la bioética, JOSÉ RAMÓN AMOR PAN (2ª ed.)
¿Hay lugar para Dios hoy?, JOSÉ MARÍA MARDONES (coord.) (2ª ed.)
Diálogo entre religiones. Identidad y apertura, CARMEN APARICIO
La transformación de la religión. Cambio en lo sagrado y cristianismo, JOSÉ MARÍA MARDONES
La religión en tiempos de nihilismo, GABRIEL AMENGUAL
Evangelizar, esa es la cuestión, VARIOS AUTORES
Teología para otro mundo posible, JUAN JOSÉ TAMAYO / LUIZ CARLOS SUSIN (coords.)
Mística y humanismo, JUAN MARTÍN VELASCO (2ª ed.)
La Iglesia perpleja, AGENOR BRIGHENTI
La dignidad humana, dignidad de la mujer, ANA SALTO SÁNCHEZ DEL CORRAL

- ¿Puede sufrir Dios?*, GIACOMO CANOBBIO
- ¿Jóvenes sin fe?*, JOSÉ LUIS MORAL
- Dios, la muerte y el más allá en el cine contemporáneo*, PEDRO SÁNCHEZ RODRÍGUEZ
- ¿En qué Dios creemos?*, VICENTE VIDE
- Al encuentro de las culturas*, MICHAEL AMALADOSS
- El cristiano ante la inmigración*, JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ DÍEZ
- La teología del siglo XXI*, JUAN PABLO GARCÍA MAESTRO
- La fe ante el desafío de la globalización*, CHRISTOPHE ROUCOU
- La crisis de la transmisión de la fe*, LLUÍS DUCH
- Cristianos y musulmanes, ¿hermanos ante Dios?*, CHRISTIAN VAN NIS-PEN TOT SEVENAER
- ¿Secularismo o secularidad?*, MANUEL FERNÁNDEZ DEL RIESGO
- Experiencia y gratuidad*, MANUEL REUS CANALS / FRANCISCO JAVIER VICTORIA CORMENZANA
- La evolución darwiniana de las religiones «verdaderas»*, RAMON M. NOGUÉS
- Jesucristo, horizonte de esperanza I. Jesús de Nazaret, personaje histórico*, MANUEL GESTEIRA GARZA
- La fe, Dios y Jesucristo. Una propuesta teológica*, MANUEL REUS CANALS (COORD.)
- El poder narrativo de la religión*, DOMINGO CÍA LAMANA
- Los olvidos «sociales» del cristianismo*, JOSÉ IGNACIO CALLEJA
- Jóvenes, religión y pastoral*, LUZIO URIARTE
- Breve historia de la teología del siglo XX*, ROSINO GIBELLINI
- «Más que los gorriones»*, JOSÉ EGIDO
- Eclesiología de la praxis pastoral*, JUAN PABLO GARCÍA MAESTRO
- Jesucristo, horizonte de esperanza II. La interpretación de la persona y la obra de Jesús en la historia de la Iglesia*, MANUEL GESTEIRA GARZA
- De ilustrados a Narcisos*, CARLOS DÍAZ
- En el espesor de las cosas. Compromiso o intransigencia*, PAUL VALADIER
- Religión, espiritualidad y ética para tiempos de incertidumbre*, FRANCISCO JOSÉ ALARCOS MARTÍNEZ (COORD.)
- Teología de la salud*, FRANCISCO ÁLVAREZ

El futuro de la teología cristiana, DAVID F. FORD
Entre los gentiles. Debates entre cristianos e increyentes, DEMETRIO
VELASCO (coord.)
Regresar a Jesús de Nazaret, RAFAEL LUCIANI
Vaticano II y teología de la liberación, ISABEL CORPAS DE POSADA (coord.)
El poder de la parábola, JOHN DOMINIC CROSSAN
Celebrar con los Salmos, LUIS ÁNGEL MONTES PERAL
El papado en la Iglesia y el mundo de hoy, DIEGO TOLSADA (coord.)
La conversión del papado y la reforma de la curia vaticana, JESÚS
MARTÍNEZ GORDO
Juan de la Cruz y el evangelio de la gratuidad, JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ
La pastoral de las grandes ciudades, Cardenal LLUÍS MARTÍNEZ SIS-
TACH (ed.)
Del Vaticano II a la Iglesia del papa Francisco, JOAQUÍN PEREA GONZÁLEZ